Esto lo dijo Pedro gritando junto á la puerta.

No tardó en venir con el chocolate Rosuca, y D. Marcelino comenzó á desocupar el pocillo con aquella lentitud y perezoso deleite con que nos despedimos de un ser querido. ¡Desde el próximo viernes, «agua de lavar las jícaras!»

—Mucho alegran la casa y hasta la aldea, amigo D. Pedro. Particularmente doña Mercedes... ¡Lástima que les guste aquel chocolate tan claro!

— Pero, D. Marcelino, eso es una ridiculez. ¿Por qué no ha de consentir usted en que se lo sigan haciendo como le gusta?

—Porque no. Aunque rudo y hombre del monte, algo se me alcanza de cortesía, y eso sería faltar á ella, pues mi gusto pudiera parecer una reprobación del de las damas.

—Es usted el clérigo más fino que he conocido.

—Como que se cuela por el ojo de una aguja—dijo, llegando de pronto, Robustiano de la Llamosa, médico titular del pueblo.

XI

Hacía bien Robustiano de la Llamosa en ser más cazador que médico, porque allí poco médico se necesitaba ser para curar á los vecinos, y, en cambio, era muy conveniente, hasta por razones de seguridad personal, ser buen cazador. No se hable ya de los lobos, con los cuales casi se había familiarizado el titular, de tanto verlos salir á pedirle «un centimito» cuando volvía tarde á casa, sino del propio oso, de aquel oso que si suele ser un sueño *tartarinesco* para los cazadores de un poco más abajo, allá arriba era una señora verdad, con pelo y todo.

En su persecución era Robustiano el compañero indispensable de Pedro, y am-

bos organizaban, con el concurso de otros valientes del estado llano, temerarias batidas por aquellos vericuetos.

Fuerte, nervudo, de acero el músculo, la voluntad de hierro, Llamosa era propiamente el hombre del monte, de los lances arriesgados, de las atrocidades cinegéticas. La cara era toda barbas: le empezaban en los mismos ojos y le seguían cuello abajo hasta quién sabe dónde; mas por encima de aquel bardal asomábanse unos ojos inteligentes y serenos que templaban, hasta con luces de ternura á veces, el fiero aspecto de aquel rostro.

También su trato parecía tener barbas; púas, mejor. Ahorraba las palabras como en el monte los cartuchos, y hablaba en frases rápidas y secas: nunca echaba un párrafo. Pero, afable en el fondo y cariñoso con quien quiera, éralo más que con nadie con sus enfermos, aunque este cariño fuera más de obra que de palabra. Esta arma, la de la melosa conversación, tan útil al médico de la ciudad, no sabía manejarla ni para nada la había menester, pues dicho se está que entre su clientela no abundaban las histéricas á quienes arrullar, ni los neurasténicos á quienes convencer, *tout doucement.*

Ya digo que era poco médico, y que no necesitaba serlo más. En aquellas alturas la botica la lleva cada uno dentro de sí, en

sus amplios pulmones, en su potente estómago, en su sangre opulenta y roja.

En el tiempo al menos en que Llamosa ejercía allí su arte, toda indisposición gástrica se curaba con un vomitivo, toda molestia del arca con un parche; al reuma se le deba con ortigas, y *al catarro con el jarro.* En las cosas de cirujía tampoco era nada complicado el sistema curativo. Allí los colgajos de piel se pegan solos, y lo que sobra por aquellos campos de Dios son malvas para aplicar á toda hinchazón, estalle donde quiera.

Claro está que algo, y aun bastante más, se le alcanzaba y ocurría á Robustiano; pero comprendía que todo intento de modificar estos usos hubiera sido tan inútil como temerario. Váyales usted con lavados del estómago á los que no se lavan la cara... Mas no se crea que no tenía él también su terapéutica fina para cuando era del caso aplicarla, esto es, para cuando un cuerpo delicado reclamaba los auxilios de la ciencia; sólo que á Llamosa le pasaba con ésta lo que con la levita, que, como no la necesitaba sino rara vez, no cuidaba de renovarla y se le quedaba anticuada. Sabía, sin embargo, algunas recetas de pociones calmantes y antiespasmódicas, de esas qne no harían mal papel ni á la cabecera de una reina. Y tenía, sobre todo, un depósito tan grande de sinceridad y buen sentido que valían por

toda la inflada erudición de varios de sus colegas, y que le aseguraban, en todo caso, contra el peligro de hacer una tontería... ó una enormidad.

Los habituales clientes de Robustiano gozaban, como se ha dicho, de una salud insolente, y de una tal fuerza de resistencia á las causas de enfermedad que diriase que, en llamando ésta en una casa, bastaba que saliera uno á darla un puntapié para que se marchase.

Por eso aquel médico, cuando pasaba días y más días en el monte, los pasaba sin remordimiento, persuadido de que mayor bien hacía á sus convecinos luchando arriba con las fieras, y librándoles de sus acometidas y rapiñas, que combatiendo abajo el microbio, contra cuyas tropas ya estaba probado que se bastaban ellos solos.

Por lo demás puede decirse que éste de la caza era su único vicio. Permanecía fiel como un novio á la señora médica; la baraja no la tomaba en las manos, y era casi sobrio, fuera de las contadas ocasiones de cuchipanda que en aquel rincón del mundo se presentaban. Entonces sí, no echaba pie atrás ante nadie, y se mostraba, como el que más, hombre de buen diente y trago largo. Aunque no se pueda decir propiamente que se *apipara*, es lo cierto que en esos casos ingería tales cantidades de líquidos y sólidos que se pasaba luego la tarde

convaleciendo de su comida como de una fiebre. Y el caso es que no le llevaba á estos extremos la glotonería, sino un raro afán que le tomaba de honrar al anfitrión ó al motivo de la fiesta, un acceso de *expansibilidad* y de contento que, como en otros sujetos de su índole, de ordinario serios y callados, surgía de pronto irrestañable y estrepitoso. Eran realmente un hablar y un comer que metían miedo.

Pedro le estimaba, con razón, como al mejor de sus amigos, y antes hubiera faltado el sol á su cotidiana cita con la tierra que Robustiano á su diaria entrevista con Rudagüera, amén de las semanas enteras que pasaban juntos en su ejercicio predilecto.

Díjose antes que hombres como Pedro no suelen tener confidente; pero si es cierto que esto le pasaba, no lo es menos que, como hombre bueno y sin doblez que era, se dejaba leer con relativa facilidad por quien en ello se empeñase, sobre todo si sus ojos eran ojos cariñosos y de amigo. Pedro nunca contó nada de sus cosas interiores á Robustiano, pero tampoco le cerró nunca el libro, consintiéndole que leyera en la página por donde le encontrara abierto.

XII

—¿Conque por el ojo de una aguja?—repuso el bueno del cura á la observación del bueno del médico.—Puede que no haya más remedio que meterse por él, querido Llamosa, porque ese va á ser dentro de poco el único hueco que nos dejen los encargados de arreglar el mundo.

—Ya, ya.

—¿Qué? ¿No está V. conforme con lo que digo?

Llamosa contestó á esta pregunta á lo montañés; esto es, con otra pregunta:

—¿Cuánto piensa V. sacar este verano á las andaluzas?

—Todo lo que pueda.

—¿Ya sabes que van á llegar?—pregun-

tó Rudagüera á Llamosa, con un tono que él tenía reservado para dar esta noticia.

—No.

—Así me lo anuncian en carta que he recibido.

—Pues á brindar por ello; venga la cerveza. Pronto, que hoy no puedo detenerme.

Llegó la cerveza, y Rosuca, con graciosa soltura, hizo saltar el tapón, que el gato pescó antes de que llegara al suelo, y escanció el líquido en las copas.

—A afilar el sable, cura,—dijo Llamosa bebiendo el primer trago. Y luego, limpiando con su labio inferior la espuma que le quedó en el bigote, añadió:—Bien que usted no deja embotar el filo.

—Hombre, señor Avicena, ¿me hace usted el favor de enseñar las heridas que yo le haya hecho?

—Usted da donde haya sangre: á mí no.

—Merecía V. que le dieran... lo que está bebiendo.

(El señor cura afirmaba que la cerveza era la mayor porquería que habían inventado los hombres.)

Llamosa siguió cargando y disparando:

—¿Caerá el retablo este año?

—Muy viejo está: no será difícil—contestó con sorna el cura.

—Digo el precio del nuevo.

—¡Dios lo quiera! Sin embargo, para un sólo golpe me parece mucho.

—Sí, D. Marcelino—dijo en tal punto Pedro.—No sea que vaya V. á espantarme á la *Golondrina*, y no vuelva por acá.

—No lo tema V. Esa golondrina sabe volar más alto que el pobre médico. ¿Ve V. dónde vuela el águila? Pues mucho más arriba.

—Este hombre—interrumpió el médico, soltando el periodo más largo de todo el mes—es todo un artista del *atraco*. ¿A que resulta que todavía deben estarle agradecidas tus amigas porque les saca los cuartos?

—¿Y qué duda cabe?—repuso el cura.

Pedro dijo:

—Todo depende en este mundo del punto de vista en que cada cual se coloca. Desde donde mira D. Marcelino, el mayor beneficio le recibe quien afloja la bolsa.

—No de mí, pero sí de quien sabe valerse de los hombres pequeños para los fines grandes. El que da ocasión á la limosna, ¿no da ocasión al premio?

—Buen juego: cualquiera se las para—dijo Robustiano mirando á Pedro.

—Pero ¿qué? ¿Invento yo alguna teoría nueva? ¿Será preciso que yo enseñe á un cristiano viejo la fórmula del ciento por uno?

—Ciertamente, Robustiano, que D. Marcelino no es autor de la teoría.

—Pero sí un lince para aplicarla.

—¿Qué se saca de no dar?—siguió el cura.

—Tener—respondió el médico.

—Tener remordimientos.

—A pocos veranos de estos se alza usted con una catedral.

—Lo cual sería una gran desdicha para el pueblo. Y sino, vaya usted contando. Primeramente se ganarían buenos jornales en la construcción; luego tendríamos un templo decoroso en que adorar al Señor; después vendría la gente á ver esa maravilla, y, por último, el médico se chuparía buenas asistencias de gentes no asalariadas.. ¡Si le digo á usted que habría para execrar al cura!

—Echa, echa—decía el galeno, y echaba cerveza en la copa, y de la copa al gaznate.

—Y, en fin, Robustiano, lo cierto es que el pobre cura no las pone un puñal al pecho cuando las va á pedir una limosna.

—Pues por poco lo deja.

—¿A quién pueden perjudicar—exclamó el cura—las larguezas de esa bendita muchacha? Sola está en el mundo y es dueña de largo y bien adquirido caudal; la tía doña Anita tiene, por su parte, con qué vivir, sin necesidad del auxilio de su sobrina. ¿A quién perjudica?

—Al hombre honrado que se case mañana con ella.

—Poco á poco, señor barbazas—dijo aquí el párroco lleno de un fervoroso entusiasmo.—El hombre honrado que se case con la *Golondrina*, tendrá bastante con ella y con que le enseñe á volar tan alto como ella vuela. Y, si por ventura, hay alguno que la merezca, que yo creo que sí y hasta se me figura que le conozco, estoy seguro de que ese tal se alegraría de que su novia fuera tan pobre como cualquier otro pájaro, de que no tuviera para entonces más que sus alas.

—Así va usted á dejarla.

—¿Qué entiende usted de estos asuntos?

—Y hasta sin pluma en ellas.

—En fin—dijo D. Marcelino recobrando su calma;—sobre este último tema que ha saltado encima de la mesa, tiene la palabra el Sr. D. Pedro.

En tantos años de apartamiento de la sociedad, Pedro había perdido algo de su aplomo de hombre de mundo; así fué que preguntó algo turbado:

—¿Yo?... ¿Para qué?

—Que hable—dijo Llamosa, mirándole con un ojo entornado, como quien no quiere errar la puntería.

—¡Vaya, señores, no puedo consentir en esa desviación de la polémica. Yo no me he metido con ustedes. Y, por último, si se me fuerza á que dé mi opinión .. pero conste

que es solamente porque á ello se me obliga... diré que estoy conforme con el cura.

Levantóse éste, y requiriendo su gorro, que había dejado sobre una silla, dijo á Llamosa:

—¿No decía yo que había quien la mereciera y que yo le conocía?—Y volviéndose hacia Pedro:—Nada, ni una palabra más. Ya sabemos que ha sido porque se le ha obligado á ello... Hasta mañana, que me espera un enfermo.

También se levantó el médico.

—Y á mí dos.

—Hombre—dijo el cura—¿qué hora es ésta de matar gente? Perdóneles por hoy la vida.

—¡Qué mal sienta la venganza en un varón del Señor!

—Yo miro por mis ovejas.

—Haya paz, señores.

Ya en la puerta, dijo Llamosa:

—Apóyese, que el que no ve, hasta del brazo del diablo va bien.

—Del enemigo el consejo—contestó el Párroco (que era, en efecto, muy miope) y muy afectuosamente aceptó el apoyo que se le ofrecía.

Cerraba ya la noche cuando los dos honrados sujetos dejaban á Rudagüera y su casa.

XIII

Cerraba la noche; mas de la noche aquella fuera mejor decir que abría: tan clara y serena empezaba su reinado, tan apacible y grata venía sobre los campos y sobre las almas.

Cuando sus amigos se hubieron marchado, Pedro encendió por sí mismo la lámpara de su mesa y, casi mecánicamente, alcanzó de uno de los estantes un tomo en que aquellas noches solía leer algún rato. Hallábase nuestro hombre en aquel interesante estado psicológico en que, siendo intensa y llena la vida íntima del espíritu, aparece uno, en la exterior, como un perfecto estúpido. Así, el señor de Rudagüera, tan inteligente y culto, no levantaba ahora

colocado ante un libro, ni media pulgada sobre su ama Sinda, por ejemplo, que no conocía la *o*. Tan ininteligibles como para ella eran á la sazón para el caballero montañés aquellos caracteres, que con tanta maestría y tanto gusto había estampado Tello sobre un hermoso papel de Holanda.

Pronto se convenció Pedro de que aquella noche no sabría leer más que en su propio pensamiento, y, dejando el libro y matando la luz, se salió á la solana. Ya sabía, él, como todo hombre de su calaña, que para lecturas tales no hay luz como la de la luna.

Por muy clara que la noche sea, al fin es noche, y, aunque acierte á recortar sobre el cielo el contorno del monte y á marcar con temblorosos rieles la cinta del río, siempre deja sumidos en su tiniebla los mil detalles que el día hace patentes en el paisaje, y que aún en el más visto y sabido distraen todavía la atención del contemplador solitario. Hace la noche con el paisaje lo que se hace con un salón en que se va á bailar: no deja más que el sitio y las luces, y, borrando y suprimiendo árboles y piedras, casas y vallados, ofrece al soñador como el cauce no más por donde puedan correr las aguas de su pensamiento, turbias ó claras, ya dulces y mudas como las del río, ó amargas y quejumbrosas como las de los mares.

No corrían así, bajo aquella hermosa luna, las del alma de Pedro. Nunca podrían dejar de ser aguas de fuente montañesa, más hechas á reflejar tristes nubes que cielos risueños; pero tenían con todo, en aquella ocasión, esa callada y suave alegría que en los días claros alienta y vive en la Montaña. No corrían amargas; corrían así:

«Pues señor, tiene gracia la ocurrencia de Rosuca. *El señorito debía casarse con...* ¡Habladora como ella!... Pues también al señor cura se le ha metido en el magín la misma idea. Nada, se conoce que la cosa se caè de su peso: todo el mundo lo encuentra natural... Y el caso es que yo estoy á dos pasos de encontrarlo también natural... Sí, Pedro, porque no hay que ser hipócrita, ni ha de guardarse tanto el hombre que de sí mismo se guarde. Confiésatelo, que nadie te oye: la luna, que está hecha á estas confidencias, te lo irá sacando del cuerpo como los buenos confesores... Confiesa que eso que ha dicho Rosuca te lo has dicho á tí mismo más de una vez. Y que desde hace algún tiempo te lo dices muy á menudo... Lo que tú temes es que no te quieran escuchar el cuento, ó que, asustada la Golondrina, levante el vuelo y no vuelvas á verla... Y ¿porqué había de asustarse? ¿Porqué no había de querer ligar su suerte á la mía?»

La mirada de Pedro, que vagaba desde

el claro del cielo á la masa negra del bosque ó se tendía por la miés como buscando á tientas un sendero, llegó en uno de estos paseos al río, en donde hubo de retenerla aquel plateado haz que bullía sobre las aguas mansamente, como temeroso de hacer ruido y distraer al soñador en sus cavilaciones. En aquel punto adonde miraba Pedro, el río se sume y desaparece bajo un toldo de ramas que le forman, honrándole, álamos y alisos; iba el agua hacia aquella negrura como las vidas, que ahora vemos claras y reflejando el cielo, van á lo oscuro, á lo desconocido. El agua que corre hace siempre pensar en la vida, en su curso y mudanzas.

Y pensaba Pedro:

«¡Qué sueño de ventura! ¡Unidas su suerte y la mía!... ¡Cómo se compensarían su divina inquietud de alma con alas y mi tardo paso de alma desengañada! Mi pobre corazón, quieto como un remanso, ¡con qué gozo reflejaría en sus aguas los vuelos de la *Golondrina!* Y acaso ella gustara de rozar con sus alas el pobre remanso...»

Abismóse de nuevo el enamorado caballero en la contemplación de aquellos juegos de luz entablados entre la luna y la corriente. Luego suspiró y, enderezando el busto, que pesaba sobre la baranda de la solana, se preguntó de repente:

«Pero ¿es creíble que una mujer como esa

no tenga novio? ¡Y en aquella tierra, donde madruga el corazón como sol de verano!... Sin embargo ¿no habría yo de haber sabido algo, ó de haberlo sospechado al menos? Anita, que tiene conmigo la confianza de una hermana, ¿no me habría contado?... Y aún tengo otro dato negativo; lo que es este me parece que es para tranquilizar á cualquiera. *Ella*, cuando está aquí, se confiesa, como es natural, con D. Marcelino: es evidente que si tuviera novio lo sabría el cura, y no es que éste me lo fuera á contar, pero seguramente que no me induciría él mismo á amarla, como esta tarde ha hecho... Queda demostrado que antes de Octubre del año pasado no tenía amores la niña más digna de ser amada... Pero ¿y desde entonces? ¿Qué no puede haber sucedido en siete meses... andaluces?»

En la orilla del río surgió de pronto la silueta de un hombre á caballo. Caminaba despacio, paralelo al cauce, y á veces se paraba como explorando el paraje: se comprendía que buscaba una *pasera*. No encontrándola, al fin metió el caballo, que se resistía á entrar en el agua, y, con ella á la cincha, vadearon el río.

A quien cavila, amparado en la soledad de la Naturaleza, todo lo que ve ú oye se le antoja aviso ó consejo, todo lo convierte en sustancia.

«Así es como debe obrarse»—se dijo Pe-

dro viendo al ginete entrar en el agua.—«Lo que acaba de hacer ese hombre es una gran barbaridad, porque él no sabía la profundidad del río; si fuera práctico en estos lugares conocería el vado que hay un poco más arriba. De modo que él se ha metido sin saber si iba á ahogarse. No cabe duda de que es una barbaridad... Pero tampoco de que ya está en la otra orilla...»

Y siguió cavila que cavila. Al fin dijo:

—«Me parece que este verano paso yo el río, ó me ahogo en él.»

A tal tiempo apareció Rosuca en la puerta de la solana, y se vió claro cuánto se complacía la luna en iluminar la poética figura de la aldeanilla.

XIV

—Ya puede venir si quiere, señorito,—dijo Rosuca.

—Voy enseguida.

El recado venía de parte de una cierta sopa de ajo, que ya humeaba en el comedor, y que desde el fondo de su cazuela miraba tristemente con dos yemas de huevo que tenía por ojos. Y hágase paso á la comparación, que, pues hay ojos como huevos, digo yo que bien podrán los huevos parecer á veces ojos.

Tomó de ella Pedro, como de todo lo que vino detrás; más sin saber lo que tomaba, de puro absorto y engolfado en sus imaginaciones. Ni dijo nada á Rosuca, que le servía, ni se enteró de las varias entradas

que Sinda, traginando, hizo en la habitación, ni tuvo á bien echar un triste mendrugo á aquel mimado sabueso que, como más atrás se dijo, *hacía y deshacía* en la habitación de su amo.

El cariñoso animal (un perro de la clase de intelectuales) se hizo bien pronto cargo de la situación, y, lo mismo que en otras análogas, adoptó una aptitud espectante, llena de dignidad y de filosofía. Sentado á un lado de su señor, pero en dirección opuesta á la de éste, de modo que pudiera verle la cara, permaneció con la cabeza baja dejándole que se hartase de cavilar, y sin importunarle una sola vez para recordarle que también los perros suelen cenar... siempre que pueden. De rato en rato levantaba la afilada geta y miraba á su amo con una melancolía enteramente canina, bostezaba luego, abriendo una bocaza como la de un león, y volvía á su quietud respetuosa.

Lo que el perro no alcanzaba á discernir y eso que las pescaba en el aire, era que los pensamientos que aquel día embargaban al amo, no eran, como las otras veces, negros y amargos, sino que, por el contrario, le bañaban la mente en una mansa claridad, suave y blanca como la que afuera tendía la luna sobre la tierra dormida.

No andaban en esto más listas que el perro las racionales que servían á Pedro, y que, asombradas, le miraban ahora caer des-

de aquel ruidoso y alegre mandar de todo el día, en este concentrado mutismo, el cual juzgaban ellas signo precursor de una de las crisis hipocondriacas que á tiempos le acometían. Esto creían, por más que no acertaran á explicárselo, sabiendo, como sabían, cuanto regocijaba al señorito y le sacaba fuera de sí, para bien de todos, la venida de las andaluzas.

Y era que en aquel solitario el silencio aún no había aprendido á ser risueño, ni el gozo que ahora le dominaba, como nuevo y recién llegado, se había hecho dueño todavía del gesto ni los ojos del hidalgo. Era éste, además, hombre tan extrañamente conformado por dentro, que sus alegrías y sus duelos sentían el mismo pudor de mostrarse á las gentes, y sólo lo hacían por acaso cuando llegaban á aquel extremo en que unas ú otros ahogarían al hombre si no les abriera las exclusas de la voz ó de las lágrimas. ¡Oh, entonces sí que no hay nadie tan amo de sí mismo que los venza y los calle! Y aquél á quién le llega una de esas grandes sensaciones de júbilo ó de pesar procede como el que de pronto se vé dueño de una gran fortuna, ó como el otro á quien abruma desmesurada carga: en ambas ocasiones tendemos á repartir nuestro lote con los demás hombres, como si comprendiésemos que el haber distribuído á uno solo toda aquella ración no podía ser sino por un

error, el cual era preciso enmendar de esa manera.

El gozo de Pedro era grande y vivo—¿cuándo sintió otro igual?—pero allí estaba aquella punta de duda, aquella ligera sombra de los posibles amores de la *Golondrina*, para amenguársele un tanto y contenerle en los límites de las sensaciones que se pueden ocultar.

Así, pasaba la cena en silencio. Sinda, algo inquieta por la inoportunidad con que esta vez se presentaba el mal, entraba y salía en el comedor sin necesidad alguna, y unas veces sacaba del aparador un plato, y otras metía dos; pero nunca la palabra en el oído de su señor, por no encontrar pretexto para ello. La chicuela iba y venía con las viandas y mudaba el servicio sin decir nada, escoltada siempre por el gato, que también parecía penetrado del ambiente de compostura que en la estancia aquella noche reinaba. El perrón, finalmente, seguía inmóvil y callado como esos de hierro que se ven sobre las pilastras de la verja en algunos jardines...

En esto, un reloj viejo y asmático que allí había dió estrepitosamente las diez, preparando cada una de las campanadas con una especie de desgarramientos previos, como si las sacara de muy abajo y rompiendo varias cosas en el camino. Es el ruido, como el silencio, contagioso y pegadizo: en cuanto el reloj hubo sonado, el perro se puso en pié, desperezándose y tosiendo roncamente como ellos suelen. Sinda cerró con un golpazo innecesario un cajón de un mueble, y Rosuca, atropellando por todo, se atrevió á encararse con su señor y á preguntarle:

—Diga, señorito; ¿está todavía enfadado por lo de antes?

—¿Por cuál de antes?

—Por aquello que le dije de que usté y la señorita...

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Pues sí, si que estoy enfadado todavía. Y mucho.

¡A Rosuca con esas! Sí, que era ella tonta para no conocer, por el tono con que él lo decía, que ya no estaba enfadado. Así fué que la chiquilla se envalentonó y volvió á soltar lo de:

—Pues me parece á mí que no era ningún disparate.

Antes de que el señorito tuviera que volver á hacerse el furioso, intervino Sinda, diciendo á la entrometida:

—¡Si supieras tú la falta que estás haciendo en la cocina! Y, en cambio, aquí, ¡si supieras qué poca!

—Bueno, mujer, bueno; ya me voy.

Se fué, en efecto, saltando en competencia con su felino compañero, que entendió, por varios signos, que se habían restablecido las garantías constitucionales y se po-

día ya, por lo tanto, cometer toda especie de desafueros.

Aún permaneció un rato Pedro en el comedor fumando y, vuelto en sí de aquel dulce ensimismamiento, haciendo á la vieja nuevas prevenciones y más encargos.

XV

Mercedes escribía pocas veces á su amigo. Generalmente—y parecía lo más discreto en una muchacha—se limitaba á ponerle una postdata cuando le escribía Anita. La carta más larga de la sobrina y la más—¿cómo diré yo?—la más *suya*, era una que había llegado á la Montaña el último otoño, á poco de haber regresado á Andalucía las dos señoras. Ciertamente que la ocasión pedía un excesillo, y justificaba que se hubieran aquella vez invertido los términos, apareciendo el cuerpo de la carta firmado por Mercedes y la postdata por su tía. ¿Con qué menos podía la gentil muchacha agradecer á su huésped sus delicadas atenciones y aquel constante celo por divertirla y mimarla?